

ñor recibe de nosotros. ¡Qué dicha la nuestra! ¡Qué riqueza pone el divino Salvador en nuestras manos!

**13.** Aquellas almas devotas que arden en deseos de glorificar mucho á Dios, aquí tienen el medio: *la santa Misa*.

Aquellas otras que habiendo sido pecadoras y luego arrepentidas, procuran satisfacer á la divina justicia para librarse de las penas del purgatorio y caminar derechas al cielo, aquí tienen el remedio: *la santa Misa*.

Un solo pecado mortal pesa tanto en la balanza divina que, aun reuniendo todas las buenas obras de los mártires y las de los Santos, y también las de la siempre Virgen María, no serían suficientes para dar á Dios una satisfacción condigna; mas el Señor misericordioso nos facilita el modo de satisfacer plenamente por todos nuestros crímenes, y este modo es *la santa Misa*.

Para aquellas personas que, reconociendo los inmensos favores que el Señor les otorga, ya en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, quieran mostrarse agradecidas y corresponder equivalemente á los dones recibidos y á los que en lo sucesivo puedan recibir, tienen un medio eficaz: *la santa Misa*.

Cuando los individuos, ó las familias, ó los pueblos, se hallan necesitados, y desean obtener pronto y eficaz auxilio, por difícil que ello sea, está á su disposición un medio segurísimo que les da derecho á esperar cuanto al efecto sea preciso; y este medio, nadie lo ignora, es *la santa Misa*.

Por consiguiente, los que extraviados caminen con inseguro é incierto paso á través de las tinieblas, de la ignorancia y del error, ó se sientan acosados por la duda, aquí tienen un foco vivísimo de luz: *la santa Misa*.

Finalmente, los que atribulados bajo el peso de la adversidad se sientan desfallecer en su ánimo, ó los que, acometidos por continuas y seductoras tentaciones temen sucumbir en la lucha, acudan al altar y allí encontrarán su fortaleza: *la santa Misa*.

**14.** Y nadie juzgue que en esto hay exageración piadosa, porque una Misa es un sacrificio especialísimo, á la vez que holocausto, hostia pacífica y víctima por el pecado. Una Misa es el mismo sacrificio de la cruz, cuyos méritos, satisfacciones é imprecaciones infinitas los pone, digámoslo así, el Señor en nuestras manos. Una Misa es un Dios adorando, un Dios dando gracias, un Dios apaciguando, un Dios implorando. ¿Es posible ni aun imaginar que sacrificio semejante haya de ser infructuoso para nosotros?

«No hay—decía San Lorenzo Justiniano (Serm. *de Corpore Christi*)—hostia mayor, ni más útil, ni más amplia, ni más agradable á los divinos ojos, porque la santa Misa honra á Dios, regocija á los ángeles, alegra á los cielos, santifica á los hombres, da gozo á los creyentes, unidad á los pueblos, paz á las sociedades, fe á las naciones, esperanza á los espíritus y amor encendido y puro á todos los que la oyen ó celebran devotamente.»

Y no puede ser de otra manera, porque cuando el sacerdote ofrece el Santo Sacrificio, el Padre celestial, contemplando aquel don, no se detiene en la persona del sacerdote, sino que mira á la divina persona de su Hijo, á quien el ministro representa, y por lo mismo acepta aquella purísima oblación, siéndole en gran manera grata y por todo extremo atendible.

Cuando la Iglesia *militante* ofrece el Sacrificio eucarístico en honra y gloria de la *triumfante* y en alivio y ayuda de la *purgante*, recaba del Señor para sí misma todo género de felicidades y establece una comunicación íntima y mutua de bienés entre dichas tres Iglesias, ó, mejor dicho, entre las tres ramificaciones de la única Iglesia de Jesucristo. «En el altar y por el altar es donde la familia de los *comprensores* (bienaventurados), la familia de *las almas que sufren* y la familia de los *viadores* se abrazan en la unidad del mismo espíritu y del mismo amor; en el altar es donde las tres Iglesias forman una sola casa, una sola familia, una sola Iglesia, y realizan el gran misterio de la COMUNIÓN DE LOS SANTOS. La Misa es la que une las ovejas entre sí, los rebaños á los pastores y la esposa al esposo; la Misa es la regla viviente y el signo sensible de la unidad de la Iglesia.» (Raul., confer. XX.)

**15.** En resumen, y como conclusión de todo cuanto hemos indicado sobre la *excelencia y valor* del sacrificio eucarístico, siguese necesariamente:

1.º Que una Misa honra y glorifica á Dios más que todas las adoraciones de los ángeles, de los Santos del cielo y de las almas justas de la tierra, todos en unión.

2.º Que es igualmente imposible tributar á Dios más honor y más gloria que la que recibe con la santa Misa, por ser ésta un sacrificio de valor infinito.

3.º Que el que impidiere la celebración de una Misa, privaría, en cuanto es de su parte, á la *Santisima Trinidad* de la gloria y alabanzas que en el Sacrificio se le tributan; á los *ángeles y bienaventurados*, del gozo que les proporciona; á los *pecadores y á los justos*, de las gracias que obtendrían, los unos para su conver-

sión, los otros para su perseverancia, y á todos para su gloria; á las almas del purgatorio, del mayor de los sufragos y de su más dulce consuelo; á la Iglesia católica, del auxilio más poderoso, del gozo más inefable y del escudo más fuerte; al mundo entero, de su más valiosa protección y del elemento más preciso para su conservación.

Por lo tanto, si un cristiano no pudiere consagrar al servicio de Dios más que media hora cada día, en nada puede emplearla con más provecho, ni nada será más útil á la gloria del Señor, á la salvación de su alma y al bien general de la Iglesia, que asistiendo atenta y piadosamente al santo sacrificio de la Misa. En ella nos da el Padre celestial á su Hijo unigénito, y juntamente con El todos los bienes (1); nos da sus méritos, sus satisfacciones y sus impetraciones infinitas; nos da todas las inefables riquezas de su Corazón divino, para que las hagamos nuestras tanto cuanto seamos capaces de recibirlas.

Repare bien cada cristiano cómo aprovecha tan grandioso tesoro; repare cuántas Misas oye, cuántas puede y debe oír, y cuál es el fruto que de ellas reporta; repare si por ventura se halla pobre, pudiendo ser riquísimo; repare la cuenta que ha de dar á Dios de sus talentos y de sus dádivas desperdiciadas; y para que nadie en esto pueda sufrir engaño, intentamos declarar ahora la participación que podemos tener en el santo sacrificio de la Eucaristía.

(1) Qui proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum, quomodo non etiam cum illo omnia nobis donavit?

## CAPÍTULO XXVI

### Participación de los frutos de la santa Misa.

1. Importancia de este capítulo.—2. Quiénes son los oferentes.—3. Dos especies de frutos.

DESPUÉS de haber declarado los frutos ó efectos de la santa Misa en general, ora en la Iglesia triunfante, ora en la purgante, ora en la militante, es de suma importancia para la práctica de la vida espiritual que señalemos quiénes son en la tierra los partícipes de dichos frutos, y cuánto y de qué modo pueden hacerlos suyos; pues ¿de qué nos serviría poseer tan rico tesoro, si no sabemos aprovecharnos de él? Al efecto, y por ser asunto muy complicado, recordaremos, por vía de exordio, quiénes son los que ofrecen á Dios Padre el augusto Sacrificio y de qué manera le ofrecen, porque esto arroja mucha luz sobre lo que después diremos.

1. El principal oferente es Cristo nuestro Señor, que lo hace, no solamente como persona particular, sino como cabeza de la Iglesia y mediador entre Dios y los hombres.

El segundo oferente es la Iglesia, como esposa amadísima de Jesucristo, quien la dejó el augusto Sacrificio para que pudiera ofrecer á Dios un don digno de su infinita grandeza (1).

Ofrece también la Misa el sacerdote que celebra, obrando como ministro en nombre de Jesús, en nombre de la Iglesia y en nombre propio como persona particular, pues el carácter público de su sagrado ministerio no impide que añada su intención propia.

Por último, ofrecen, en cierto sentido, el santo Sacrificio, cada uno de los fieles que cooperan á él en algún modo como ayudan-

(1) Ut dilectae sponsae suae Ecclesiae visibile, sicut hominum natura exigit relinqueret sacrificium. (Trident., 1, c., cap. I.)